

# Con los débiles

Antonio de Senillosa

Esta vez he empezado a hablar por arriba, he salido jugando fuerte. Me quiero apostar entero. Cuando he dicho que ni el Ejército, ni la Iglesia, ni la Banca me daban órdenes, ha nacido una comunicación fraternal, aunque algo temerosa. Vivimos aún en y con el miedo. «Me enrollas mucho, tío», me ha gritado una dieciochoañera, lo que ha quitado tensión al momento.

Yo no era para ella un político, sino uno de los suyos, la voz de uno cualquiera de ellos. Al terminar, una mujer perteneciente a eso que con eufemismo hemos dado en llamar la tercera edad, vestida con pobreza, pero limpia, se me ha acercado y me ha entregado 1.000 pesetas para ayudarme —ha dicho— a conseguir una vida más justa y más feliz. Entonces algo se ha movido en mis entrañas. Me condenaba yo mismo a estar



con los débiles, los perseguidos, los marginados, los oprimidos. Era, sí, uno de ellos. Elegía el bando de los perdedores. Iba a ser fuerte con los fuertes, pero débil, muy débil, ante los débiles.

Al atardecer he dado un paseo por la playa. Todavía hace calor. Seis o siete niños juegan, medio desnudos, con el agua. Los cristales de una casa se despiden del sol hasta el día siguiente enviándole unos destellos muy nítidos.

Y es un atardecer maravillosamente rojo de esperanza.